

LUCES DE HOSPITALIDAD



¿Y si hacemos estallar mil soles en este mundo frío? ¿Bajo las narices mismas de un espacio que de tan impávido abriga la «tolerancia» como palabra bendita? No toleremos al otro. No. No nos toleremos. Devolvamos, mejor, el volumen a la palabra «cobijo», a la hospitalidad, donde todos somos –podemos ser– uno.

MARÍA DEL PILAR ALVEAR GARCÍA

La hospitalidad es un regalo de luz; el cariño radiante de una bienvenida; el sol rotondo y miel de un abrazo.

¿Qué tiene de aurora esta palabra? La luz delimita espacios únicos a la vez que descubre lo que, sin ella, jamás veríamos; trasciende la mera intuición justamente porque, al abrazarla, la abarca con creces. Y contemplar es -siempre- don. Mirar al otro, reparar en él, es estar en posibilidad de acogerlo y, por lo tanto, de aceptarlo.

Estamos sedientos de bienvenidas. Todos -alguna vez, en algún *lugar*, aun bajo nuestra misma piel- somos extranjeros. Todos deseamos llegar a un sitio en el cual descansar para ser, no ya viajeros, sino nosotros mismos; un lugar donde alguien -el otro, uno mismo- pronuncie con certeza lo irreversible de nuestro nombre. Es el otro, a través de su espíritu de hospitalidad, quien traduce mis balbuceos en palabras, quien me ayuda a encontrar significados; mi propio y esencial significado.

Ésta es la conversión, éste el anhelo íntimo: «volverse» hombre; saberse persona; mejor aún: transformarse más y más en persona. ¿Qué es, si no, el andar humano?

Por eso, la hospitalidad es luz: gracias al otro es que tengo posibilidad plena de saberme yo mismo; porque puedo observarme -también- a través de sus ojos. Pero no es únicamente esto; la hospitalidad es camino de doble vía, pues es sólo la mirada humana la que está en condición de trascender lo meramente visto para alcanzar, así, lo más extremo de la existencia: *apreciarme, apreciarlo*.

La hospitalidad es palabra flexible que, en sí misma, acoge la apertura a lo real.

«Como sabemos, la palabra clave viene del latín arcaico: de “hostis”. Por un largo período, “hostis” significó tanto “huésped” como “enemigo”. Imaginamos cuál sería el conflicto de fijación que tuvo este término entre significados a tal punto antagónicos.

»Se ha querido explicar, digámoslo así, la “tolerancia” del término, para albergar cosas tan distintas, por el hecho de que tanto el huésped como el enemigo son extranjeros» .



**contemplar es
-siempre- don.
Mirar al otro,
reparar en él, es
estar en posibilidad
de acogerlo y, por lo
tanto, de aceptarlo.**

Esta palabra, pues, que acoge lo diverso -lo impensable-, define uno de los rostros más espléndidos de la hospitalidad: la evidencia de la humanidad en aquel que es, en un primer momento, el ajeno. De aquí resulta un acto gozoso: la receptividad a lo que el otro es -independientemente de mí- y a lo que puede *llegar a ser*.

«El acoger es un acto más bien gozoso. Y esto no hay que olvidarlo o tenerlo como un rasgo secundario. Quien abre su puerta cree saber que acoge a un ser digno de amor, a un ser amable en sí, digno también de protección, si es perseguido o ha sufrido despojo en el camino. La idea de hospitalidad es inseparable de la idea de prójimo: aquel que está próximo, pero en el sentido de que su vida me concierne. Por eso, el acoger al otro es un acto que trasciende incluso a la hospitalidad domiciliaria. Y tiene que ver, ante todo, con esa capacidad de acogida que se llama comprensión».

EN EL ENCINAR

Creyentes o no, un bello pasaje del Antiguo Testamento se antoja la representación perfecta de la hospitalidad. El libro del Génesis, narra:

Aparecióse Yavé un día en el encinar de Mambré. Estaba sentado [Abraham] a la puerta de la tienda a la hora del calor, y alzando los ojos, vio parados cerca de él a tres varones. En cuanto los vio, saliólos al encuentro desde la puerta de la tienda y se postró en tierra, diciéndoles: «Señor mío, si he hallado gracia a tus ojos, te ruego que no pases de largo junto a tu siervo; haré traer un poco de agua para lavar vuestros pies, y descansaréis debajo del árbol, y os traeré un bocado de pan y os confortaré; después seguiréis, pues no en vano habéis llegado hasta vuestro siervo». Ellos contestaron: «Haz como has dicho». Y se apresuró Abraham a llegarse a la tienda donde estaba Sara, y le dijo: «Date prisa, amasa tres seas de flor de harina y cuece en el rescoldo unos panes». Corrió al ganado y tomó un ternero muy tierno y muy gordo, y se lo dio a un mozo, que se apresuró a prepararlo, y tomando leche cuajada y leche recién ordeñada y el ternero ya dispuesto, se lo puso todo

la felicidad es ser dichoso *respecto a*. La hospitalidad es el espacio de felicidad de dos, por ser *en relación con*. La hospitalidad debiera ser, entonces, un recinto privilegiado de alegría.



delante y él se quedó junto a ellos debajo del árbol, mientras comían.

En cuanto les vio, dice el texto, Abraham -el anfitrión- se dispone ya a la bienvenida, y es que su mirada es paciente: *espera* ver al otro y *salirle al encuentro*. Sus ojos se afanan en mantener los pies ligeros. Así, para invitarlos, *se postró en tierra*, señala el relato, porque distingue en ellos no sólo a sus iguales, sino que percibe una relación mucho más íntima: son *sus* necesitados, quienes pretenden *su* protección. Honra, así, la presencia única del otro en ese momento concretísimo en que el extraño franquea la puerta de su existencia.

La verdadera hospitalidad -no hay otra- no aguarda a ser requerida, se sabe necesaria y reclama su lugar con un ruego al caminante: *no pases de largo*. Una súplica esencialmente humana: «Veme para que yo pueda verte; quédate para que yo pueda encontrarte»; el preciso espacio para dos que *quieren* descubrirse.

Es este «espacio» una exigencia sustancial para esa coincidencia íntima entre personas: un recinto -a veces sólo una mirada, otras un lugar, en ocasiones una mesa, frecuentemente las palabras- ciertamente obligatorio, pero que trasciende el espacio mismo; se trata, más bien, de hacer posible una pausa para que el hallazgo pueda efectuarse, para que el diálogo penetre los corazones. Esta pausa obligatoria cuenta, en el caso de la hospitalidad, con una cualidad: ser gustosamente amable y, por lo tanto, ser placentera. La felicidad es ser dichoso *respecto a*. La hospitalidad es el espacio de felicidad de dos, por ser *en relación con*. La hospitalidad debiera ser, entonces, un recinto privilegiado de alegría.

CAMINAR DESIERTOS

Para que sus invitados no se marchen, Abraham abre la boca y sus palabras van perfilando un futuro delicioso -imposible para unos viajeros en el desierto- que él creará sólo si ellos acceden a quedarse:

[...] haré traer un poco de agua para lavar vuestros pies, y descansaréis debajo del árbol, y os traeré un bocado de pan y os confortaré.



Sin el sincero espíritu de hospitalidad que alienta en las palabras de Abraham, toda la posible felicidad que les dibuja no sería más que una frase cruel para quien la escuchara. Abraham sabe que está en posibilidad de dar cuanto ofrece, porque se percató de lo que ellos necesitan. ¿Por qué lo sabe? Porque él también ha sido peregrino, porque él también se ha sabido extranjero. Su *conocimiento* se torna en *comprensión* por el otro y sus anhelos.

La sed, la fatiga, el deseo de reposo, aun el rechazo, toda la experiencia dolorosa ha fructificado –humanamente– en Abraham. El hombre compasivo ha caminado muchos desiertos.

«Capacidad de acogida lo es, y no metafóricamente, el acto de entender. Es curioso: la lengua francesa nombra con un mismo término (*entendre*) tanto el acto de oír como el que nosotros llamamos propiamente entender. Y es que resulta que el primero es como la condición inmediata del segundo: hay que oír lo que el extranjero dice; ser «todo oídos» si queremos comprender lo que dice o lo que la realidad misma nos está diciendo desde su propia profundidad. A este escuchar se refería Heráclito como lo más propio del sabio».

Porque así lo ha querido, Abraham aprovecha el sufrimiento para acercarse a sus hermanos.

Y aquí es indispensable reparar en la voluntad personal. La intención de acogida y aceptación consciente de Abraham y de sus invitados, posibilita el marco luminoso de la hospitalidad. El permitir que el otro entre en mi casa –mi espacio más íntimo–, me hace anfitrión de mi invitado, pero él, al venir, acepta mi irrupción en su vida y se vuelve, por tanto, anfitrión mío. Claridad que, abrazándonos, ilumina de encuentro la existencia de ambos.

Pero Abraham sugiere algo más, al final de esa frase incitadora de paraísos, y afirma: os *confortaréis*. Confortarse es consuelo de humanos, el ansia profunda que permite exclamar:

«No solo te daré cuanto tengo para atender tus necesidades, caminaré más allá y te daré cuanto soy. Y tendremos algo de un valor infinito, porque me tendrás a mí y yo podré tenerte. Te daré y conocerás mi rostro, y me darás y conocerás el tuyo. Yo veré con tus ojos y tú verás con los míos. Y tu corazón y el mío danzarán con el canto más íntimo, un canto sutil y poderoso porque nos llamaremos *hermanos*».

La hospitalidad no es perezosa. Se da prisa porque es ligera. La narración vuela a partir de que los peregrinos aceptan la propuesta de Abraham y, así, contemplamos cómo las palabras del texto parecieran sumergirse en un río vertiginoso:

la sed, la fatiga, el deseo de reposo, aun el rechazo, toda la experiencia dolorosa ha fructificado –humanamente– en Abraham. El hombre compasivo ha caminado muchos desiertos.

Y se apresuró Abraham a llegarse a la tienda donde estaba Sara, y le dijo [...]: «Date prisa [...]». Corrió al ganado y tomó un ternero (...), y se lo dio a un mozo, que se apresuró a prepararlo [...].

Abraham tiene urgencia de servir y de servir bien. Una nueva cita a pie de página nos ilumina nuevamente: «El banquete es excesivo para tres personas, pero así lo reclama el honor de los huéspedes y el de Abraham. Tal es aún hoy la ley del desierto. Lo que sobra se da a los pobres de la tribu. El *sea* es medida de capacidad para los sólidos. Probablemente equivalía a unos 13 litros. Tanta cantidad de harina para obsequiar a tres huéspedes se explica por el hecho de que entre los nómadas es común que del banquete participe luego toda la casa del anfitrión, cuando no toda la tribu».

UN ACTO PERFECTO

El anfitrión no ofrece sobras; no le basta satisfacer las necesidades de sus huéspedes: va más allá de su carencia. La cita anterior señala hermosamente: «(...) así lo reclama el honor de los huéspedes y el de Abraham». Por saberse el anfitrión quién es -conocer su propia valía- y por saber quiénes son sus huéspedes -su intrínseca dignidad-, les convida lo mejor de cuanto posee y lo participa en abundancia: panes, carne, leche, la sombra de un árbol... Todo parece poco para agasajarlos.

Es tal, pues, la abundancia de un acto perfecto de hospitalidad que la luz que de él emana excede el acto mismo y toca a otros, los *alimenta*. Este regalo a otros -que les es completamente gratuito porque son «ajenos» al acto hospitalario de Abraham-, no se produciría sin la invitación formulada a los forasteros y sin la aceptación de éstos. La hospitalidad sobrepasa al anfitrión y al invitado; es un banquete también para los demás.

El relato cierra con una frase perturbadora:

[...] y él se quedó junto a ellos debajo del árbol, mientras comían.

Abraham, que tanto ha hecho por sus forasteros, al disponerlo ya todo, se queda quieto, disfrutando el gozo de los otros: no se sienta

el anfitrión no ofrece sobras; no le basta satisfacer las necesidades de sus huéspedes: va más allá de su carencia. «(...) así lo reclama el honor de los huéspedes y el de Abraham».



con ellos, no toma parte en la conversación. El tiempo se detiene para él, ya no es lo más importante; los forasteros son ahora, por la propia voluntad de Abraham, su centro. Se inmoviliza para admirar. El huésped -el otro- es sagrado. Abraham permanece aparte, sereno, casi una sombra confundida con el árbol; él ya no tiene papel ahí: el suyo lo ha cumplido cabalmente; ahora le toca alegrarse, admirar a los otros al ver quienes realmente son. Sabe que el silencio es, también, luz y compañía.

La hospitalidad es radicalmente generosa; es escudo contra el egoísmo que llevamos cosido a la piel. La hospitalidad no «tolera» al extraño; antes bien, lo anima -porque lo acepta-, a ser lo que es: ser quien mejor es. Y, finalmente, lo deja ir porque, ya antes, lo ha tocado:

«[...] después seguiréis, pues no en vano habéis llegado hasta vuestro siervo».

Mediante la hospitalidad, la luz irrumpe y rasga la tiniebla de cada uno; las tinieblas de todos. Es sol que salta a borbotones por los ojos, por los oídos, por las manos; aire que se anhela, más allá de los pulmones. La hospitalidad es luz a corazón abierto. Es el abrazo de la humanidad que, al fin, se encuentra. </>

¹ Manuel Levinas, *Totalidad e infinito*. Barcelona: Sígueme, 1977, p. 173.

² Texto de la conferencia *Hospitalidad y tolerancia*, pronunciada el 28 de mayo de 1996 en el marco del ciclo «Las virtudes de la vida», organizado por el Centro de Estudios Públicos. Ensayo de Humberto Giannini. Publicado en *Estudios Públicos*, Revista de la Facultad de Filosofía, Universidad de Chile. No. 66. Otoño, 1997.

³ *Génesis* 18, 1-8.

⁴ Medida de capacidad para sólidos. Cfr. *Sagrada Biblia*. Nácar-Colunga. Madrid. MCMLXXXV, p.18. Cita a pie de página del versículo 6.

⁵ Giannini, Humberto: *Hospitalidad y tolerancia*, op. cit.

⁶ *Sagrada Biblia*. Nácar-Colunga. Madrid. MCMLXXXV, p.18. Cita a pie de página del versículo 16.



La autora es escritora y maestra en Comunicación Organizacional por la Universidad Panamericana.